



Filipa DE FREITAS es licenciada en Estudios Portugueses y rusófilos, licenciada en Estudios portugueses y en Filosofía, con una tesis sobre Sá de Miranda y el Barón de Teive, semiheterónimo de Pessoa, respectivamente. Todo por la Universidade Nova de Lisboa. Actualmente realiza su doctorado en Filosofía con un proyecto sobre Álvaro de Campos y Søren Kierkegaard. Colabora en varios proyectos de investigación sobre edición de textos dramáticos, de la historia del teatro en Portugal y sobre la obra de Fernando Pessoa. Ha publicado artículos sobre Pessoa y colaborado en sus ediciones, especialmente en la *Obra Completa de Álvaro de Campos* (2014, Tinta-da-China).

Matices de la ausencia en Antonio Gamoneda y Fernando Pessoa.

Antonio Gamoneda no fue un admirador apasionado de Fernando Pessoa, como él mismo indica en el texto que antecede. Sin embargo el respeto inspirado por la obra heteronímica de Pessoa en Gamoneda encuentra principalmente en el *Libro del Desasosiego* una ligazón más fuerte, una impresión más marcante. He intentado, pues, comprender en qué medida podría Bernardo Soares, como autor del *Libro*, dirigirse a Antonio Gamoneda, como lector y como creador poético, trazando, para ello, las necesarias fronteras temáticas. La lectura de la poesía de Gamoneda me suscitó el deseo de intentar delimitar el horizonte que caracteriza el concepto de ausencia, sensación que parecía atravesar algunos de sus poemas, y que también se revela tan crucial para Fernando Pessoa y especialmente para Bernardo Soares. Una vez encontrada el área de confrontación entre los dos autores, me centraré en tres aspectos que permiten un diálogo provechoso: la soledad, no sólo como ausencia profunda de los otros sino principalmente como estructura del ser; la ausencia de comodidad que la aridez de la vida impone; y la ausencia de Dios como dador de sentido a la existencia.

La soledad no resulta frecuentemente explícita como fenómeno en la poesía de Gamoneda. Sus trazos están presentes, a veces sutilmente, en versos que denuncian el peso de esa condición no sólo en el hombre como creador poético de realidad que gana significado en sí misma, sino también en el hombre como ser vivo que carga con una existencia. El encuentro del hombre consigo mismo, de la vida, se ejecuta muchas veces en la perspectiva de la muerte, en la consciencia de su amenaza continua. Pero el camino hacia la muerte es solitario, excluye la exterioridad del hombre. Se camina solo hacia la muerte. El desvelamiento de la vida, en la conciencia de su pérdida, es una vía de soledad. La muerte funciona como fenómeno extremo que anuncia, que intensifica la vida, en el contraste absoluto que es establecido. La conciencia de la muerte futura, la conciencia de la posibilidad de la muerte es, simultáneamente, un movimiento que introduce, por un lado, dolor y desesperación, teniendo en cuenta su inevitabilidad, y por otro, la elevación del aprecio por la vivencia. Como símbolo y posibilidad, la muerte revela, además, la soledad del hombre en el juego de la vida. La soledad no sólo como encuentro que se avecina diariamente con la aniquilación, de la cual no hay huida, sino también la soledad que la propia vida conlleva cuando el hombre existe y existe apenas en su individualidad. La propia conciencia, como instrumento que da cuenta de las dualidades, de las contradicciones y de las disposiciones, señala y perpetúa esa soledad, en la medida en que constata aquello que dice respecto al hombre a quien pertenece la conciencia, confirniéndole un grado de certeza sobre sí mismo que no puede englobar lo que nos rodea. En otras palabras, la conciencia y la lucidez funcionan como preservadores de la presencia de la soledad, como reveladores de esa marca indeleble de lo humano singular. En uno de los poemas de *La tierra y los labios*, Gamoneda describe la repentina claridad de esa soledad y de la desolación que de ella resulta. Cito:

Es un hombre. Va solo por el campo. / Oye su corazón, cómo golpea, / y, de pronto, el hombre se detiene / y se pone a llorar sobre la tierra. / Juventud del dolor. Crece la savia / verde y amarga de la primavera. // Hacia el

ocaso va. *Un pájaro triste / canta entre las ramas negras. // Ya el hombre apenas llora. Se pregunta / por el sabor a muerto de su lengua.*¹

La tristeza es parte del hombre, tan bellamente anunciada por Gamoneda, una adquisición de cualquier cosa que ya presupone la conciencia de la muerte venidera, la repentina sensación de la impotencia que caracteriza al hombre, que “apenas llora”, cuando nada más es posible. La soledad que emerge de la descripción de estos versos no es una soledad inmediata de alguien sin compañía que camina por el campo, por la vida, sino la soledad enraizada que el propio camino individual conlleva. La desesperación y la tristeza que surgen derivan de la noción inmediata de que el camino vital se estructura en la soledad, de modo que parece no existir alternativa a ese marco, sino apenas una aceptación dolorosa del mismo. En un segundo poema, titulado *Prometeo en la Frontera*, Gamoneda dice: “Los dos estamos por igual manera/a hierro y sed de soledad, los dos/encadenados contra el mismo muro”².

Prometeo, según la mitología griega, fue encadenado por Zeus, después de haber robado y entregado el fuego a los hombres. El fuego, símbolo de iluminación, actúa como la lucidez del poeta que, por ver, sufre más; pero este sufrimiento no es en vano cuando permite la iluminación de la belleza, concepto también muy explorado en Gamoneda. Además, la adquisición de otra luz, de una visión poética de la vida, en que la belleza tiene un lugar predominante, no parece posible sin la soledad que tanto se teme. Cuando Gamoneda, en los versos citados, se refiere a encontrarse preso por el hierro – encadenado – y la sed – necesidad de soledad, la lectura se muestra doble: la soledad como condición ineludible y como condición indispensable del hombre. O si no de todos los hombres, al menos del poeta. Estos versos también remiten a la cuestión de la libertad, o de la ausencia, y especialmente de la imposibilidad de liberación de la muerte y nuevamente de la impotencia ante un fin trazado. El miedo de la muerte es muy explícito en el mismo poema cuando Gamoneda escribe: “Si no fuera cobarde, si, más fuerte,/en un rayo pudiera por la boca/expulsar este miedo de la muerte,/como este inmortal encadenado/sería puro en el dolor”³.

La pureza del dolor, contaminada por la perspectiva de la muerte, es una condición más del hombre. Pero si Prometeo sufre su castigo en la soledad, esclavizado, también el poeta y el hombre sufren la incertidumbre de la vida y la llegada de la muerte en ese camino solitario. En otro poema, más tardío, la presencia de la soledad es nuevamente señalada, desde un punto de vista que aún evidencia más la conciencia de estar solo, aun en el caso de estar plenamente acompañado por otros. Cito: “Cuando bajo del tren, siento frío./He dejado mi casa. Ahora estoy/solo. ¿Qué hago aquí?, ¿quién me espera en/este lugar excavado en el silencio?”⁴.

El desaliento que el desconocimiento despierta es una nueva señal de soledad, como una especie de prueba de valentía que, una vez más, solamente el hombre solitario puede realizar. La soledad, que tiene su marca presente mediante la conciencia y la lucidez, irrumpe con nuevos trazos en los momentos

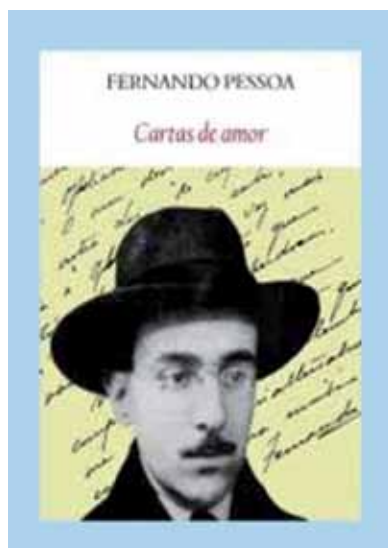
1 Gamoneda, Antonio. *Oração fria*. Selecção, tradução e posfácio de João Moita. Lisboa, Assírio&Alvim, p. 26

2 *Ibidem*, p. 30

3 *Ibidem*, p. 32

4 *Ibidem*, p. 52





más comunes de la vida, como aquél en que Gamoneda describe un grupo de campesinos y de mineros que juntos hacen un mismo viaje con el mismo destino y, sin embargo, es la ausencia la evocada. La compañía no ahuyenta la soledad. Y la confrontación con una nueva realidad acentúa esa condición. En el poema *Ida y Vuelta*, Gamoneda describe el encuentro con la noche como palco para una inmediata invocación solitaria. Cito:

*Has cruzado despacio la ciudad. / Por una vez, tú no vas a trabajar / ni a comprar una medicina ni a entregar una carta. // Tienes suerte esta vez: / toda la noche es tuya y la noche te envuelve / y tú te sientes como si estuvieras en los brazos de tu madre. // Quizá es bueno existir / debajo de las estrellas. // Lentamente, avanzas en la oscuridad / y vas sabiendo que también es bueno / ir por las calles y escuchar tus pasos / y sentir la noche de los que ya duermen / y comprenderlos como a un solo ser, / como si descansaran de la misma existencia / todos en el mismo sueño. // Pero te adentras más. Vuelves la esquina, / ves la pobreza insomne, ves la ausencia / de tu madre carnal. Después, adviertes / el excesivo peso de tu corazón. // Y regresas.*⁵

La separación de la rutina diaria, que adormece la conciencia del estado del hombre, surge como un elemento pasivo de esta controversia: por un lado, la abertura de un nuevo horizonte de posibilidades, en que la noche es la pertenencia del sujeto, camino largo de lo diverso; por otro, la agudeza de la conciencia en la constatación del vacío implícito – de la soledad. El avanzar lejos de lo familiar conduce, entonces, a la comprensión del “excesivo peso del corazón”, donde la ausencia del sosiego es más notorio, en una revelación auténtica de la desesperación de la soledad. El regreso a la zona de familiaridad no anula la estructura de la soledad, pero hace más leve, temporalmente, el encuentro con esa conciencia. La madre, como elemento angular y umbilical, refuerza la ilusión de un camino acompañado por Otro. Una ilusión solamente, al fin, pues la soledad es ineludible en la existencia del hombre.

En Bernardo Soares la soledad es una vía inagotable de desconsuelo, pero también proporciona encuentro, desvelamiento del sujeto y de relación con la vida. El contraste entre el habitar el mundo y el vacío del hombre es una sombra que planea en la conciencia de Soares, esciente de que no hay posibilidades de cambio en su estructura solitaria, acudiendo hacia ella todos los instantes en que la vida se manifiesta. Cito: “Nova, fluida, incerta, a chuva soava. Os momentos tardavam ao som dela. A solidão da minha alma alargava-se, alastrava, envolvia o que eu sentia, o que eu queria, o que eu ia a sonhar. Os objectos vagos, participantes, na sombra, da minha insónia, passavam a ter lugar e dor na minha desolação”⁶. La lluvia, más que usada por Soares como base de exploración de la intimidad, aliada a la conciencia de un tiempo lento que acentúa más lo indeseable, se vuelve paisaje desolador del poeta, en estrecha consonancia con la conciencia de la soledad, que irrumpe desde un adormecimiento o represión de la inmensidad presencial que anula cualquier tentativa de fuga. El surgimiento deslumbrante de la conciencia de la soledad y de su ineludible existencia es de este modo un momento total que

⁵ *Ibidem*, p. 76

⁶ Pessoa, Fernando. *Livro do Desassossego*. Edição de Jerónimo Pizarro. Lisboa, Tinta da China, 2014, p. 91. “Nueva, fluida, incierta, la lluvia sonaba. Los momentos se demoraban a su son. La soledad de mi alma se alargaba, se arrastraba, envolvía lo que yo sentía, lo que quería, lo que iba a soñar. Los objetos vagos, participantes, en la sombra, de mi insomnio pasaban a tener lugar y dolor en mi desolación” N. del T.



abarca inmediatamente todo el universo del hombre, de Soares. Se establece una nueva relación con el mundo, en la que la más pequeña intervención ajena pierde su lugar, convirtiéndose en sombra de la soledad, anunciándose dolorosamente al poeta, que recibe ese mundo que se cierra. Paisaje previo de otras posibilidades de contacto y ligazón, se vuelve, ya ahora, testimonio continuo de la separación.

El alejamiento que se siente relativo al mundo que se contempla mediante la conciencia de la soledad intrínseca, tiene matices diferentes en Soares en relación a Gamoneda, pues en el primero existe una negación absoluta de lo Otro como necesario, una recusa inmediata de la ilusión de la compañía y del deseo de esa ilusión. Soares no se aproxima del Otro, no solo por la lucidez que lo caracteriza, sino por una especie de fobia a la heterogeneidad. Cito: "Conviver com os outros é uma tortura para mim. E eu tenho os outros em mim. Mesmo longe deles sou forçado ao seu convívio. Sozinho, multidões me cercam. Não tenho para onde fugir a não ser que fuja de mim"⁷. Es necesario tener en cuenta que Soares tiene una visión particular de la existencia y de sí mismo, en la medida en que, como se sabe, encuentra una dispersión interior que la ilusión de la unidad individual anula. Pero este fragmento del *Libro del Desasosiego* muestra esa multitud contenida en un sujeto, y revela también la recusa de Soares frente al Otro, en una búsqueda voluntaria de restricción en sí propio, de navegación en la soledad. Y la soledad, aunque aparentemente deseada, no conduce a ninguna satisfacción, suscitando inevitablemente la desolación y el dolor de una cárcel. Soares aunque regido por particularidades que podrían devolver su soledad a un estado de serenidad, no consigue impedir la tristeza que emerge de esa condición. Cito:

*Amigos, nenhum. Só uns conhecidos que julgam que simpatizam comigo e teriam talvez pena se um comboio me passasse por cima e o enterro fosse em dia de chuva. O prémio natural do meu afastamento da vida foi a incapacidade, que criei nos outros, de sentirem comigo. Em torno a mim há uma auréola de frieza, um halo de gelo que repele os outros. Ainda não consegui não sofrer com a minha solidão. Tão difícil é obter aquela distinção de espírito que permita ao isolamento ser um repouso sem angústia.*⁸

La conciencia de la separación de los otros, como respuesta inmediata que emana de Soares, expande la sensación solitaria que carga, sumergiéndola en una angustia sin solución. La lucidez que caracteriza al autor del *Libro del Desasosiego*, es, simultáneamente, fuente de claridad sobre sí mismo y fuente de tristeza. La vida se muestra en su camino de sufrimiento, oriundo de una claridad que la exacerba más, en la medida en que implica que Soares está fatalmente expuesto a una disección interna en los márgenes del mundo. La soledad se revela entonces, en Soares, como un instrumento de revelación pero también de desesperación, ciñéndose a la tela de su propia

7 Ibidem, p. 135. "Convivir con los otros es una tortura para mí. Yo tengo a los otros en mí. Aún lejos de ellos me veo forzado a convivir con ellos. Solo multitudes me cercan. No tengo hacia donde huir a no ser que huya hacia mí". N. del T.

8 Ibidem, p. 179. "Amigos ninguno. Sólo unos conocidos que creen que simpatizan conmigo y tendrían talvez pena si un tren pasase sobre mí y el entierro fuese un día de lluvia. El premio natural de mi separación de la vida fue la incapacidad que creé en los otros de sentirse conmigo. Alrededor de mí hay una aureola de frialdad, un halo de hielo que repele a los otros. Aún no conseguí no sufrir con mi soledad. Es tan difícil obtener aquella distinción del espíritu que permita al aislamiento ser un reposo sin angustia." N. del T.



lucidez, carente de proximidades que puedan contener ilusiones. Y la devastación que caracteriza su existencia es plenamente comprendida por Soares, cuando indica:

*Ficámos, pois, cada um entregue a si próprio, na desolação de se sentir viver. Um barco parece ser um objecto cujo fim é navegar; mas o seu fim não é navegar, senão chegar a um porto. Nós encontrámo-nos navegando, sem a ideia do porto a que nos deveríamos acolher. Reproduzimos assim, na espécie dolorosa, a fórmula aventureira dos argonautas: navegar é preciso, viver não é preciso.*⁹

La ausencia de un destino – de un sentido – que conduzca el viaje de la vida la transforma, en cada sujeto, en una navegación perdida, en busca infructífera de un puerto que nunca llega antes que la muerte. La angustia que sobrepasa esta conciencia del camino sin rumbo, aleatorio, aumenta fuertemente la sensación de incomodidad inherente a la vida. Incomodidad que muchas veces se hace notar en la posibilidad de la muerte, como Soares claramente menciona: *“Uma espécie de pré-neurose do que serei quando já não for gela-me corpo e alma. Uma como que lembrança da minha morte futura arrepiá-me de dentro. Numa névoa de intuição sinto-me matéria morta, caído na chuva, gemido pelo vento”*¹⁰.

La muerte es un fenómeno de continua presión existencial, fundada en el vacío que amenaza traer y en la angustia del desconocimiento que la subyace. El recuerdo de la muerte futura obliga al sujeto a mirar hacia sí mismo y hacia la vida, lo enfrenta con la presencia que va escapando, con la tensión que la desaparición conlleva. En el fenómeno extremo, se juega lo inmediato de la vivencia del hombre. Soares no le es inmune. La percepción de una vida dolorosa se acentúa más ante la anulación total. El hombre se ve delante de la muerte, se prevé delante del aniquilamiento, sin conseguir la aprehensión de su significado real. La muerte es puro desconocimiento, cimentado en la conciencia humana. Soares dice: *“Aconteço-me a morte e ocaso. O mais que posso esculpir é sepulcro meu a beleza interior”*¹¹. En un movimiento permanente, la muerte es aproximación a cada instante, preservando el malestar que el miedo provoca. Pero la muerte no sólo es el momento de anulación final, el entierro del cuerpo físico, un último puerto. Su presencia se siente en el camino de la vida, se inmiscuye en todo tiempo de la existencia, sentida y tornada consciente por la lucidez. Así continúa Soares: *“A tortura do destino! Quem sabe se morrerei amanhã! Quem sabe se não vai acontecer-me hoje qualquer coisa de terrível para a minha alma!... Às vezes, quando penso nestas coisas, apavora-me a tirania superior que nos faz ter de dar passos não sabendo de que acontecimento a incerteza de mim vai ao encontro”*¹². La posibilidad de un repentino encuentro con la muerte es, entonces, marca pri-

9 Ibidem, p. 199. “Quedamos, pues, cada uno de nosotros entregado a sí mismo, en la desolación de sentirse vivir. Un barco parece ser un objeto cuyo fin es navegar; pero su fin no es navegar sino llegar a un puerto. Nosotros nos encontramos navegando, sin la idea de puerto a la que nos debíamos acoger. Reproducimos así, en la especie dolorosa, la fórmula aventurera de los argonautas: navegar es necesario, vivir no es necesario.” N. del T.

10 Ibidem, pp. 84-85. “Una especie de de pre-neurosis de lo que seré cuando ya no vaya a helarme el cuerpo y el alma. Como un recuerdo de mi muerte futura me estremece por dentro. En una niebla de intuición me siento materia muerta, caído en la lluvia, gemido por el viento” N. del T.

11 Ibidem, p. 117. “Me sucede la muerte al azar. Lo más que puedo esculpir es un sepulcro mío en belleza interior” N. del T.

12 Ibidem, p. 131. “¡La tortura del destino! ¡Quién sabe si moriré mañana! ¡Quién sabe si no sucederá hoy cualquier cosa terrible en mi alma!...A veces cuando pienso en estas cosas me aterroriza la tiranía superior que nos hace tener que dar pasos sin saber hacia qué acontecimiento la tristeza de mí mismo va al encuentro”. N. del T.

migenia del hombre, que emerge como una fuerza devastadora, infundiendo y desarrollando un camino de incertidumbre perenne, que el hombre enfrenta solitario.

La desolación que esta perspectiva asegura, entre la marca de la duda, del miedo y de la soledad, en una creciente agonía, no encuentra refugio en ningún alivio que la vida ofrezca. El mirar sobre la vida, en Soares, es igualmente triste, dejando entrever rastros de desesperación de un condenado que reconoce su prisión y busca, sin éxito, algún consuelo que nunca llega. Cito: “Não me encontro um sentido... a vida pesa... Toda a emoção é demais para mim... O meu coração é um privilégio de Deus. A que cortejos pertenci, que um cansaço de não sei que pompas embala a minha saudade”¹³. La ausencia de sentido en la vida que la vuelve un peso difícil de soportar, perdida entre momentos de desconuelo y cansancio repetidos, sobrepasando una saudade sin referente, se constituye como el plano de fondo de la existencia de Soares. La conciencia de un camino de incertidumbres, repleto de una tristeza que lo conmueve profundamente, pues dura siempre, y redundante en la desesperación que de una bellísima forma evoca en otro fragmento:

*Afinal eu quem sou, quando não brinco? Um pobre órfão abandonado nas ruas das Sensações, tiritando de frio às esquinas da Realidade, tendo que dormir nos degraus da Tristeza e comer o pão dado da Fantasia (...). Quando acabará isto tudo, estas ruas onde arrasto a minha miséria, e estes degraus onde encolho o meu frio e sinto as mãos da noite por entre os meus farrapos? (...). Tenho frio demais. Estou tão cansado no meu abandono. Vai buscar, ó Vento, a minha Mãe. Leva-me na Noite para a casa que não conheci... Torna a dar-me, ó Silêncio imenso, a minha ama e o meu berço e a minha canção com que dormia...*¹⁴

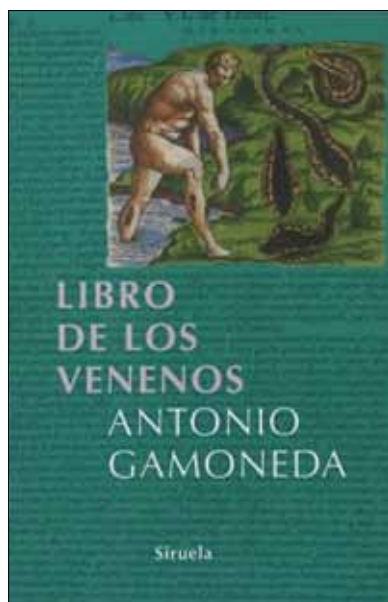
La desolación que emana de esta confesión de Soares está cargada de una melancolía que atraviesa la vida, que se interpone entre el sujeto y el mundo, configurada como una tristeza y una agonía ante la existencia, en el dolor corriente del viajero perdido, en la desesperación de un preso que desea el alivio que la angustia le impide obtener. La miseria y el frío que Soares siente son sus caminos existenciales, su experiencia. La desesperación se clava como una espina que no se mueve y la percepción de la vida carece de la posibilidad de cambio. Es irreductible la comprensión lucida de una vida vaciada de recompensa. Por eso Soares todavía afirma:

Pedi tão pouco à vida e esse mesmo pouco a vida me negou. Uma réstia de parte do sol, um campo próximo, um bocado de sossego com um bocado de pão, não me pesar muito o conhecer que existo, o não exigir nada dos outros nem exigirem eles nada de mim. Isto mesmo me foi negado, como quem nega a esmola não por falta de boa alma, mas para não ter que desabotoar o casaco.

13 Ibidem, p. 126. “No me encuentro un sentido... la vida pesa... Toda emoción es demasiado para mí... Mi corazón es un privilegio de Dios. A qué cortejos pertencí, que un cansancio de no sé qué esplendor mece mi nostalgia” N. del T.

14 Ibidem, p. 139. “¿Al final quién soy yo cuando no juego? Un pobre huérfano abandonado en las calles de las Sensaciones, tiritando de frío en las esquinas de la Realidad, teniendo que dormir en los escalones de la Tristeza y comer el pan que entrega la Fantasía... [...] ¿Cuándo acabará todo esto, estas calles donde arrasto mi miseria y estos escalones donde escojo mi frío y siento las manos de la noche entre mis andrajos? Tengo demasiado frío. Estoy tan cansado en mi abandono. Ve a buscar, oh, Viento, a mi madre. Llévame en la Noche a la casa que no conocí. Vuelve a darme oh silencio inmenso, mi alma y mi cuna y mi canción con la que dormía...” N. del T.





*Escrevo, triste, no meu quarto quieto, sozinho como sempre tenho sido, sozinho como sempre serei. E penso se na minha voz, aparentemente tão pouca coisa, não encarna a substância de milhares de vozes, a fome de dizerem-se de milhares de vidas, a paciência de milhões de almas, submissas como a minha ao destino quotidiano, ao sonho inútil, à esperança sem vestígios.*¹⁵

Voz singular que se transforma en voz colectiva, Soares diseca la soledad y la tristeza de una vida sin sosiego como las marcas que sobrepasan no sólo su propia existencia, sino la existencia en sí.

Esta percepción de la realidad está tan presente en Soares como en Gamoneda, aunque con trazos diferentes. Aliada al sentimiento de soledad, la visión de la existencia en Gamoneda se asume, muchas veces, a través del dolor y de la tristeza, aunque dirigida hacia lo que le constituye o lo que le sobrepasa. Cito: “Propongo mi cabeza atormentada/por la sed y la tumba. Yo quería/despedir un sonido de alegría;/quizá sueño a materia desollada./ Me justifico en el dolor. No hay nada”¹⁶. El vacío que Gamoneda elucida y el modo en cómo esa percepción de sí también condiciona la percepción de lo que le exterioriza refuerza la ausencia del consuelo en la vida. En la búsqueda de la fuga hacia el tormento, en la sensación de la alegría inalcanzable, es apenas en el dolor donde reside tal fuerza. Fuerza para la creación poética, talvez, o fuerza para la vivencia cotidiana.

La conciencia del vacío no se desliga de la desesperación que el miedo de la muerte suscita, pues la muerte es precisamente símbolo del vacío final y completo del ser, de la aniquilación. Pero no es apenas la muerte, como posibilidad siempre presente, la que suscita desolación. La percepción de la realidad cotidiana, base de desciframiento de la existencia, conduce al mismo dolor. Nos indica Gamoneda: “Ésta es la tierra, donde el sufrimiento/es la medida de los hombres”¹⁷. El sufrimiento es la piedra angular de la vida, caracterizador y orientador del hombre, que en él asienta continuamente su experiencia y aquello que le constituye. La lucidez que permite la constatación de esta realidad dolorosa se convierte, ella misma, en perpetuadora del dolor, cuando la indiferencia no consigue tener lugar. La ignorancia de una vida fundada en el sufrimiento, aliada a la esperanza de la mejoría, permiten, más o menos, una vivencia inmediata, una pertenencia continua en el mundo. Además aquél que visualiza el dolor y que se concibe indisoluble del hombre, talvez, sin fin, comprende la ilusión que necesariamente subyace al hombre, perturbándose ante esa confirmación. Dice Gamoneda: “Dan / pena los condes con su fiel faisán / y los cobardes con su fiel lamento. / La belleza nos sirve de tormento/y la injusticia nos concede el pan.”¹⁸



¹⁵ Ibidem, pp. 258-259. “Pedí tan poco a la vida y ese poco se me negó. Una ristra por parte del sol, un campo próximo, un poco de sosiego con un poco de pan, que no me pesase mucho el saber que existo, el no exigir nada de los otros ni me exigieran nada ellos a mí. Esto se me negó, como quien niega la limosna no por falta de buen alma sino para no tener que desabrocharse el abrigo. Escribo triste en mi cuarto tranquilo, solo como siempre fui, solo como siempre seré. Y pienso si en mi voz, aparentemente tan poca cosa, no se encarna la sustancia de millares de voces, el hambre de reclamarse millares de vidas, la paciencia de millones de almas sumisas como la mía al destino cotidiano, al sueño inútil, a la esperanza sin vestigios” N. del T.

¹⁶ Gamoneda, Antonio. *Oração fria*. Selecção, tradução, introdução e posfácio de João Moita. Assírio & Alvim, Lisboa, 2013, p. 38

¹⁷ Ibidem, p. 46

¹⁸ Ibidem, p. 46

Podría, quizá, la belleza ser consuelo para el hombre poético, que de ella no se puede apartar, pero sin embargo, hasta en esa luz reside el desconsuelo, pues se transforma en una búsqueda incesante y solitaria, siempre insuficiente. Sabedor del desasosiego de la existencia y, con ello, incapaz de anular la lucidez que la evidencia, y que señala contornos de la desesperación asumida, no como estancia pasajera u ocasional, sino como algo intrínseco e inseparable, como indica el poeta: “Estar desesperado, / estar químicamente desesperado, / no es un destino ni una verdad. / Es horrible y sencillo / y más que la muerte.”¹⁹

Momentos que sobrepasan, de explosión interna que crea, con las palabras, una realidad única e íntima de Gamoneda, revelando el ansia de un sosiego nunca alcanzado, ilusión del desesperado que suplica por algún alivio. Alivio que parece nunca alcanzado, incluso en las telas de la familiaridad más inmediata, como el poeta expone:

*En mi casa están vacías las paredes / y yo sufro mirando la cal fría. / Mi casa tiene puertas y ventanas: / no puedo soportar tanto agujero. // Aquí vive mi madre con sus lentes. / Aquí está mi mujer con sus cabellos. / Aquí viven mis hijas con sus ojos. / ¿Por qué sufro mirando las paredes? // El mundo es grande. Dentro de una casa / no cabrá nunca. El mundo es grande. / Dentro de una casa – el mundo es grande – / no es bueno que haya tanto sufrimiento.*²⁰

La insatisfacción, que parece residir en la búsqueda sin fin del mundo – de la belleza –, inclinando al poeta a un perpetuo tormento que nunca disminuye, a un sufrimiento que sobrepasa toda la existencia, remarca, por un lado, la fragmentación de la realidad inmediata y, por otro, su lucidez. El vacío, las descreencias y el cansancio, exacerbados en la ausencia de comodidad, y la conciencia de la lucidez de Gamoneda, son nuevamente retratados en otro texto suyo que cito: “Tengo frío junto a los manantiales. He subido hasta cansar mi corazón. Hay yerba negra en las laderas y azucenas cárdenas entre sombras, pero, ¿qué hago yo delante del abismo? Bajo las águilas silenciosas, la inmensidad carece de significado.”²¹

El significado que no se encuentra en la inmensidad, en la totalidad que la vida presenta, y cuya ausencia expande el desasosiego interior, podría ser anulado por un sentido dado por una relación con Dios. Pero la existencia de Dios es una posibilidad conflictiva en la poesía de Gamoneda, toda que no se encuentra la certeza de la fe inquebrantable, de la aceptación incuestionable de una verdad divina. Dios no surge como un consuelo para Gamoneda, cuando se enfrenta con esa posibilidad sólo tiene contornos en el silencio, en la ausencia. En uno de sus poemas indica: “Una vez dije: «Ven, Dios, ven a mis labios, / ven a mis ojos y a mi sed». Y Dios / sólo era verdad en el silencio.”²²

El encuentro con Dios no se constituye como viable, y apenas en el vacío de un llamamiento sin respuesta el hombre también comprende realmente su dimensión. La duda que se instala ante una existencia divina es un nuevo elemento penoso, y el alivio que podría venir de la creencia religiosa se transfor-



19 Ibidem, p. 56

20 Ibidem, p. 82

21 Ibidem, p. 168

22 Ibidem, p. 24



ma en constatación del vacío y de la aniquilación, nuevamente de la muerte inminente en la que está en juego el sentido del hombre. Dice Gamoneda: “Una sola divina descendencia/a esta zona de sombra corresponde./Si tú hablas a un dios, cuando responde, viene la muerte por correspondencia.”²³

La señal de Dios es, por ello, la anulación del hombre, en un contraste que no se puede sobrepasar. Contraste que Gamoneda señala aún en la propia naturaleza del hombre en relación a Dios, cuando este simboliza una pureza que el primero no puede alcanzar, afirmando: “No toques, Dios, mi corazón impuro.”²⁴ Dios parece surgir como una sombra que trastorna más y revela la visión del abismo de la vida, por la dificultad – tal vez imposibilidad – de entrever un sentido que regule y permita cualquier redención. Cito: “Así las cosas, ¿de qué pérdida claridad venimos?/¿Quién puede recordar la inexistencia? Podría ser/más dulce regresar, pero/entramos indecisos en un bosque de espinos.”²⁵

El desencuentro con Dios, en la búsqueda de algún consuelo, de algún sentido que no se comprende, apenas revela la vida como un camino sin dirección. La posibilidad de la existencia divina no es suficiente para el alivio. Y si la fe no consigue tener lugar, Dios se vuelve amplitud del vacío humano. En Bernardo Soares la visión de Dios es, también, alivio inalcanzable. Si, por un lado, la descreencia fundamenta la negación divina, por otro, el deseado alivio incide en una incontrolable ansiedad de divinidad. Soares asume: “Pertencço a uma geração que herdou a descrença no facto cristão e que criou em si uma descrença em todas as outras fés”²⁶ y, en un segundo texto:

*O trabalho destrutivo das gerações anteriores fizera que o mundo, para o qual nascemos, não tivesse segurança que nos dar na ordem religiosa (...). Ébrias de uma coisa incerta, a que chamaram “positividade”, essas gerações criticaram toda a moral, esquadriharam todas as regras de viver, e, de tal choque de doutrinas, só ficou a certeza nenhuma, e a dor de não haver essa certeza.*²⁷

La incertidumbre que caracteriza la percepción de Soares da lugar al vacío y una sensación de deriva del viajero perdido. La creencia, que aquí va más allá del ámbito religioso, fundamenta la acción del sujeto, que en ella se apoya para la comprensión y decisión del mundo. Como no creyente inevitable, Soares camina a la orilla de un abismo complejo. Pero la ausencia de la fe es, en contraste, impulso para la búsqueda de otro sentido, fuera de la esfera religiosa, o muchas veces, tristeza insoportable que hace maldecir la dependencia de Dios. A pesar de que Soares asume sin rodeos su conciencia de vacío del creer, el alivio que la posibilidad contraria podría traerle está presente en una desesperación que emerge de forma repentina. Cito:

Onde está Deus, mesmo que não exista? Quero rezar e chorar, arrepende-me de crimes que não cometi, gozar ser perdoado como uma carícia

²³ Ibidem, p. 32

²⁴ Ibidem, p. 38

²⁵ Ibidem, pp. 238-240

²⁶ Ibidem, p. 134. “Pertenezco a una generación que heredó la descreencia en el hecho cristiano y que creó en sí una descreencia en todas las otras fes”. N. del T.

²⁷ Ibidem, p. 201. “El trabajo destructivo que las generaciones anteriores hicieron en el mundo, al que nacemos, no tuviera seguridad que darnos en lo religioso (...). Ebrios de una cosa incierta, a la que llaman “positividad”, esas generaciones criticaron toda la moral, encuadraron todas las reglas de vivir y, de ese choque de doctrinas, sólo quedó la certeza humana, y el dolor de no existir esta certeza.” N. del T.



não propriamente materna. Um regaço para chorar, mas um regaço enorme, sem forma, espaçoso como uma noite de verão, e contudo próximo, quente, feminino, ao pé de uma lareira qualquer... Poder ali chorar coisas impensáveis, falências que nem sei quais são, ternuras de coisas inexistentes, e grandes dúvidas arrepiadas de não sei que futuro...(…) Um colo ou um berço ou um braço quente em torno ao meu pescoço... Uma voz que canta baixo e parece querer fazer-me chorar... O ruído de lume na lareira... Um calor no inverno... Um extravio mole da minha consciência... E depois sem som, um sonho calmo num espaço enorme, como a lua rodando entre estrelas.²⁸

El notorio desconsuelo que se desprende de estas bellas líneas de Soares se alía con la tristeza incontentida del no creyente en busca de algún consuelo. El regazo, que puede ser tanto divino como materno, es procurado como fuente de alivio, como búsqueda de la protección que la vida niega. El sujeto desprotegido, rodeado por un conjunto de elementos perturbadores, lanzado contra las intemperies de la existencia, no encuentra nada más que rastros pasajeros de esperanza que lo reconducen al deseo de Dios como dador de sentido y serenidad.

Pero Dios es sólo ausencia, posibilidad expresada y negada. Y la negación acentúa el vaciamiento de la esperanza, como indica Soares:

*De meu pai sei o nome; disseram-me que se chamava Deus, mas o nome não me dá a ideia de nada. Às vezes, na noite, quando me sinto só, chamo por ele e choro, e faço-me uma ideia dele a que possa amar.. Mas depois penso que o não conheço, que talvez ele não seja assim, que talvez não seja nunca esse o pai da minha alma.*²⁹

Dios podía ser el referente de la esperanza de Soares, el culminar de un camino, aunque doloroso, que llevase, por fin, a la redención. Pero la descreencia brota como una espina que anula la esperanza. Y como Soares sabe tan bien, “sem fé não temos esperança, e sem esperança não temos propriamente vida.”³⁰

Gamoneda y Soares pueden dialogar el uno con el otro, como dos autores lúcidos que encuentran en la escritura poética un movimiento de expresión de la existencia. La lucidez que los caracteriza muestra un camino atormentado, desvelador de ilusiones y perpetuador del sufrimiento. La indiferencia puede surgir como solución, como protección para aquél que ve lo indeseable. Además, incluso en la posibilidad de alcanzar este estado, la vida se estructura del mismo modo, independientemente del lúcido o del loco. Y la tristeza que emana de una comprensión maldita del mundo encadena y sofoca al hombre. Y casi acabado el viaje, son fuertemente impactantes las palabras de Gamoneda: “Ahora,./sumergido en la indiferencia, desprecio/el agua y la sed y desprecio/ la esperanza./¡Qué vaciedad al fin, qué desahucio!”³¹

28 Ibidem, p. 137. “¿Dónde está Dios aunque no exista? Quiero rezar y llorar, arrepentirme de los crímenes que no cometí, gozar el ser perdonado como una caricia no propiamente materna. Un regazo para llorar, pero un regazo enorme, sin forma, espacioso como una noche de verano, y aun así próximo, caliente, femenino, al pie de una chimenea cualquiera...Poder llorar allí cosas impensables, ruinas que ni sé cuáles son, ternuras de cosas inexistentes, y grandes dudas estremecidas de no sé qué futuro...(…) Un regazo o una cuna o un brazo caliente sobre mi cuello...Una voz que canta bajo y parece querer hacerme llorar...El ruido de la lumbre en el hogar...Un calor en el invierno...Un extravío blando de mi conciencia...Y después sin sonido, un sueño tranquilo en un espacio enorme, como la luna rodando entre estrellas”. N. del T.

29 Ibidem, p. 137. “De mi padre sé el nombre; me dijeron que se llamaba Dios, pero el nombre no me da idea de nada. A veces, durante la noche, cuando me siento solo, le llamo y lloro, y me hago a la idea de que él me pueda amar...Pero después pienso que no lo conozco, que quizá tal vez él no sea así, que quizá no sea nunca él el padre de mi alma.” N. del T.

30 Ibidem, p. 199. “sin fe no tenemos esperanza y sin esperanza no tenemos propiamente vida” N. del T.

31 Gamoneda, Antonio. *Oração fria*. Selecção, tradução e posfácio de João Moita. Lisboa, Assírio & Alvim, pp. 288-290



Referencias bibliográficas:

Gamoneda, Antonio. *Oração fria*. Selecção, tradução e posfácio de João Moita. Lisboa, Assírio&Alvim.2013.

Pessoa, Fernando. *Livro do Desassossego*. Edição de Jerónimo Pizarro. Lisboa, Tinta da China, 2014

